

CUENTOS DE
BRAM STOKER



CUENTOS DE

BRAM STOKER

Traducción

Jon Bilbao



La profecía gitana

—Creo de veras —dijo el médico— que, en cualquier caso, uno de nosotros debería ir a comprobar si se trata de un engaño.

—Muy bien —repuso Considine—. Después de cenar nos fumaremos un cigarro mientras vamos dando un paseo al campamento.

De acuerdo al plan, al cabo de la cena, y cuando terminaron el *La Tour*, Joshua Considine y su amigo, el doctor Burleigh, se encaminaron hacia el este del páramo, donde se ubicaba el campamento gitano. Al principio del paseo, Mary Considine, que los había acompañado hasta donde terminaba el jardín y arrancaba el camino, llamó la atención de su esposo para decirle:

—Recuerda, Joshua, les vas a conceder una oportunidad, pero no les des pistas que los ayuden a predecir tu futuro, y nada de flirtear con las chicas gitanas, y asegúrate de que Gerard no se meta en líos.

A modo de respuesta Considine alzó una mano, como si estuviera parando un carruaje, y silbó la melodía de la vieja canción *The Gipsy Countess*. Gerald se sumó a la interpretación y, riendo alegremente, los dos hombres abandonaron el camino, se adentraron en las tierras comunales y fueron volviéndose de cuando en cuando para saludar con la mano a Mary, que, inclinada sobre la portilla, a la luz del crepúsculo, observaba cómo se alejaban.

Era un encantador atardecer de verano, la atmósfera estaba henchida de paz y serena felicidad, como si la tranquilidad y el júbilo que hacían del hogar de la joven pareja un lugar divino se hubieran proyectado puertas afuera. Considine no había tenido una vida azarosa. El único episodio perturbador había sido su galanteo a Mary Winston, y la negativa recia y persistente de sus ambiciosos padres, que querían un buen partido para su única hija. Cuando el señor y la señora Winston descubrieron el afecto que el joven abogado profesaba a su hija, trataron de separar a la pareja enviando a Mary a un largo periplo de visitas, no sin antes obligarla a prometer que no mantendría correspondencia con su amado durante la ausencia. El amor, no obstante, superó la prueba. Ni la ausencia ni la falta de comunicación hicieron mella en la pasión del joven, y su naturaleza optimista parecía desconocer los celos; así que, tras una larga espera, los padres cedieron y la pareja contrajo matrimonio.

Llevaban unos meses viviendo en el *cottage*, que empezaban a sentir como su hogar. Gerald Burleigh, viejo amigo de Joshua de los tiempos de la universi-

dad, y también él una víctima de los encantos de Mary, había llegado hacía una semana, dispuesto a quedarse con ellos tanto tiempo como se lo permitiera su trabajo de Londres.

Cuando su marido se perdió de vista, Mary volvió a la casa, se sentó al piano y dedicó una hora a Mendelssohn.

El campamento gitano estaba a un corto paseo de distancia, y los dos hombres llegaron antes de terminar sus cigarros. Era tan pintoresco como suelen serlo los campamentos gitanos, siempre que están en el campo y el negocio marcha bien. Había unas pocas personas alrededor de una hoguera, invirtiendo su dinero en profecías, y un número mucho mayor, gente más pobre o más reacia, más allá del límite del campamento pero lo bastante cerca como para ver lo que sucedía.

Al aproximarse los dos caballeros, los vecinos, que conocían a Joshua, les abrieron paso, y una bonita gitana de intensa mirada les salió al paso y se ofreció a leerles su destino. Joshua tendió la mano, pero la chica, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta, lo miró a los ojos de modo muy extraño. Gerald dio un codazo a su amigo.

—Debes obsequiarla con plata —dijo—. Es una de las partes más importantes del ritual.

Joshua sacó media corona del bolsillo y se la tendió a la chica, que ni siquiera se dignó mirarla, sino que dijo:

—Debes obsequiar la mano de una gitana con oro.

—Eres una presa de primera —dijo Gerald riéndose.

Joshua era de la clase de hombres —la más ex-

tendida a nivel universal— que disfrutaban siendo contemplados por una chica bonita, así que con moderada prudencia respondió:

—Muy bien, aquí tienes, preciosa, pero a cambio debes conseguirme un destino propicio —dijo tendiéndole medio soberano, que ella tomó.

—No depende de mí —dijo la chica— que el destino sea bueno o malo. Yo solo leo lo que dicen las estrellas.

La gitana le tomó la mano y volvió la palma hacia arriba; pero en cuanto posó la vista en ella la soltó tan rápido como si estuviera al rojo vivo, y con una mirada de susto se escabulló a toda prisa. Apartó la cortina que cerraba una gran tienda en el centro del campamento y desapareció en su interior.

—¡Te ha timado! —dijo el cínico de Gerald, mientras Joshua permanecía perplejo y en absoluto satisfecho.

Los dos contemplaban la gran tienda. Unos instantes después salió de ella no la chica, sino una mujer de mediana edad de imponente apariencia y aires autoritarios.

En cuanto apareció, todo el campamento quedó paralizado. El clamor de conversaciones en diferentes lenguas, de risas y el ruido de las distintas labores que allí se desempeñaban se interrumpieron por unos segundos, y todo hombre o mujer que estuviera sentado, acucillado o tumbado se puso en pie y se volvió hacia la gitana de porte imperial.

—La reina, claro está —murmuró Gerald—. Es nuestra noche de suerte.

La reina gitana escrutó el campamento y, sin du-

darlo un instante, se acercó directa a Joshua y se plantó ante él.

—Muéstrame la mano —dijo de manera imperiosa.

—No me habían hablado así desde que estaba en el colegio —dijo Gerald, de nuevo *sotto voce*.

—Debe haber una ofrenda de oro.

—Parece que esta vez va en serio —susurró Gerard, mientras Joshua depositaba otro medio soberano en la palma de la mano de la gitana.

La gitana contempló la mano frunciendo el ceño y a continuación, mirándolo a la cara, dijo:

—Posees una gran fuerza de voluntad. ¿Tienes también un buen corazón, capaz de demostrar valor por alguien a quien amas?

—Confío en ello, pero me temo que no soy tan vanidoso como para decir que sí.

—En ese caso yo responderé por ti, pues veo determinación en tu rostro, una determinación capaz de llegar al extremo, cueste lo que cueste y pese a quien pese, si así ha de ser. ¿Tienes una esposa a la que amas?

—Sí —dijo él enfáticamente.

—Entonces déjala ahora mismo. Nunca vuelvas a verla. Aléjate de ella ahora que tu amor es joven y tu corazón se halla limpio de intenciones perversas. Vete rápido, vete lejos ¡y nunca vuelvas a verla!

Joshua arrancó su mano de la de la gitana, dijo «¡Gracias!», con frialdad y sarcasmo, y luego empezó a alejarse.

—Calma —dijo Gerald—. No hay necesidad de comportarse así, amigo mío. De nada sirve indignarse con las estrellas y sus profecías, y además, ¿qué

hay de tu soberano? Al menos escucha todo lo que ella tenga que decir.

—¡Silencio, irreverente! —ordenó la reina—. No sabes lo que haces. Déjalo ir y permanecer en la ignorancia, si prefiere no ser advertido.

Joshua se volvió de inmediato.

—Bien, lleguemos hasta el final —dijo—. Señora, me ha dado usted un consejo, pero yo he pagado para saber mi destino.

—¡Te lo advierto! —dijo la gitana—. Las estrellas han guardado silencio mucho tiempo; deja que el misterio siga siéndolo.

—Señora mía, no me topo con un misterio todos los días, y prefiero conocimientos a cambio de mi dinero antes que ignorancia, de la que puedo conseguir cuanta quiera, siempre que lo desee y a cambio de nada.

—Yo mismo dispongo de una gran reserva que no hay forma de vender —dijo Gerard haciéndose eco.

La reina gitana los miró con dureza.

—Como queráis. Habéis hecho vuestra elección, y habéis respondido a la advertencia con desdén y a la súplica con frivolidad. ¡Que sobre vuestras cabezas caiga la condena!

—¡Amén! —dijo Gerald.

Con gesto imperioso, la reina volvió a tomar la mano de Joshua y le leyó su destino.

—Veo sangre correr. Sucederá pronto. Corre ante mis ojos. Fluye a través del círculo roto de un anillo cortado.

—¡Continúe! —dijo Joshua sonriendo.

Gerald guardaba silencio.

—¿Puedo hablar con claridad?

—Claro que sí. A los comunes mortales nos gustan las cosas inequívocas. Las estrellas están muy lejos y sus palabras se pierden un poco en el trayecto.

La gitana se estremeció, tras lo que habló sin rodeos.

—Es esta la mano de un asesino. ¡El asesino de su esposa!

Soltó la mano y se apartó. Joshua rompió a reír.

—¿Sabe una cosa? —dijo—. Creo que si yo fuera usted introduciría un poco de jurisprudencia en mis profecías. Por ejemplo, dice que «esta mano es la de un asesino». Bien, sea lo que llegue a ser en el futuro, potencialmente, hoy por hoy no lo es. Debería usted expresar su profecía en términos tales como «la mano que pertenecerá a un asesino» o «la mano de quien será el asesino de su esposa». A las estrellas no se les dan nada bien las cuestiones técnicas.

La gitana no replicó sino que, con la cabeza gacha y aire abatido, volvió despacio a su tienda, alzó la cortina y desapareció dentro.

Sin decir nada, los dos hombres emprendieron el camino de regreso a través del páramo. Finalmente, al cabo de ciertas vacilaciones, Gerald tomó la palabra.

—Está claro, amigo mío, que ha sido una broma, escalofriante, pero una broma al fin y al cabo. Aun así, ¿no sería mejor que nos lo guardáramos para nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—Que no se lo cuentes a tu mujer. Podría preocuparla.

—¡Preocuparla! Mi querido Gerald, ¿en qué

estás pensando? Ella no se preocuparía ni se asustaría aunque todas las gitanas salidas de Bohemia coincidieran en que yo iba a asesinarla. Ni siquiera se detendría un segundo a considerarlo.

—Viejo amigo, las mujeres son supersticiosas —protestó Gerald—, mucho más que los hombres; y además han sido bendecidas, o malditas, con un sistema nervioso que a nosotros, los hombres, nos es completamente desconocido. Veo demasiadas muestras en mi trabajo como para no saberlo. Sigue mi consejo y no se lo cuentes, o la asustarás.

La expresión de Joshua se endureció de manera inconsciente al contestar.

—Querido amigo, yo nunca le ocultaría un secreto a mi esposa. Eso supondría el comienzo de un nuevo orden de cosas. No tenemos secretos entre nosotros. Si alguna vez llegamos a tenerlos, puedes estar seguro de que algo malo nos sucede.

—Aun así —dijo Gerald—, a riesgo de entrometeme, vuelvo a pedirte que sigas mi advertencia.

—Lo mismo que dijo la gitana —respondió Joshua—. Tú y ella estáis muy de acuerdo. Dime, amigo, ¿ha sido un montaje? Tú fuiste el que me habló del campamento gitano... ¿Lo organizaste todo junto con su majestad? —preguntó con seriedad juguetona.

Gerald le aseguró que había sabido del campamento aquella misma mañana y se burló de cada una de las siguientes réplicas de su amigo, y así, entre chanza y chanza, pasó el tiempo y llegaron al *cottage*.

Mary estaba sentada al piano pero sin tocar. La borrosa luz del crepúsculo le había despertado tier-

nos sentimientos y tenía los ojos húmedos. Cuando entraron los hombres, corrió hacia su marido para besarlo. Joshua adoptó una actitud trágica.

—Mary —dijo con voz profunda—, antes de que te acerques a mí, escucha las palabras de la fortuna. Las estrellas han hablado y el destino está sellado.

—¿Cuál es, querido? Dime el destino, pero no me asustes.

—En absoluto, querida, pero hay una verdad que debes saber. Es necesario para que hagas tus planes con antelación, y todo se efectúe en orden y como tiene que ser.

—Adelante, querido, te escucho.

—Mary Considine, puede que tu efigie acabe en el museo de Madame Tussaud. Las estrellas, con la *jurisprudencia* que las caracteriza, han relevado la noticia fatal, que esta mano acabará roja de sangre, tu sangre. ¡Mary! ¡Mary! ¡Dios mío!

Se abalanzó hacia ella pero demasiado tarde para impedir que cayera al suelo desmayada.

—Te lo advertí —dijo Gerald—. No las conoces tan bien como yo.

Mary se recuperó poco después, pero solo para ser presa de un ataque de histeria, durante el que rio, lloró, desvarió y gritó.

—Apártalo de mí, aparta de mí a Joshua, mi marido —dijo entre otras cosas, suplicante y asustada.

Joshua Considine se hallaba al filo de la agonía y, cuando Mary por fin se calmó, se arrodilló junto a ella y le cubrió de besos los pies, las manos y el cabello, y le habló con palabras tiernas y le dedicó cuanta declaración de cariño se le pudo ocurrir. A lo largo

de la noche y casi hasta el amanecer ella se despertó una y otra vez y lloraba asustada hasta asegurarse de que su marido velaba a su lado.

A la mañana siguiente, mientras daban cuenta de un desayuno tardío, Joshua recibió un telegrama mediante el que lo reclamaban en Withering, a unos treinta kilómetros de allí. Era reacio a ir, pero Mary no quiso saber nada de que se quedara en casa, y antes del mediodía partió solo en el carruaje que empleaba para salir de caza.

Cuando él se fue, Mary se retiró a su habitación. No salió de allí a la hora de comer, pero a la tarde, cuando se sirvió el té en el césped bajo el gran sauce del jardín, se sumó a su invitado. Parecía casi del todo recuperada. Al cabo de unas frases casuales, dijo a Gerald:

—Lo de anoche fue una tontería, pero no pude evitar asustarme. De hecho, volvería a hacerlo si cediera a pensar en ello. Pero puede que al fin y al cabo no sean más que fantasías de esa gente, y se me ha ocurrido una forma de demostrar sin lugar a dudas que la predicción es falsa..., si es que lo es —añadió con tristeza.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Gerard.

—Iré al campamento gitano y haré que la reina me lea mi destino.

—Estupendo. ¿Puedo acompañarte?

—¡No! Eso lo estropearía todo. Ella podría reconocerte y deducir quién soy yo, y sabría lo que le conviene decir. Iré sola, esta tarde.

Al final de la tarde Mary Considine partió hacia el campamento gitano. Gerald la acompañó hasta el

límite de las tierras comunales y luego volvió solo a casa.

Apenas había transcurrido media hora cuando Mary entró en el salón, donde él leía tumbado en un sofá. Estaba pálida como un fantasma y atacada por una extrema agitación. Casi no había superado el umbral cuando se derrumbó y cayó de rodillas sobre la alfombra, sollozando. Gerald corrió a ayudarla pero, con gran esfuerzo, ella se recompuso y le pidió que guardara silencio. Él esperó, y el mero hecho de plegarse a su solicitud y no hacerle preguntas pareció ayudarla, ya que pocos minutos después ella se había recuperado en parte y fue capaz de contarle lo sucedido.

—Cuando llegué —dijo— parecía no haber ni un alma. Fui al centro del campamento y me quedé allí. De pronto apareció una mujer alta a mi lado. «He sentido que se me necesitaba», dijo. Extendí la mano y puse una moneda de plata en ella. Ella se quitó del cuello una baratija dorada y la dejó también en mi palma, luego tomó ambas cosas y las lanzó al arroyo que por allí discurre. Cogió a continuación mi mano y dijo: «Nada salvo sangre en este lugar para la culpa», y dio media vuelta. Conseguí detenerla y le pedí que me contara algo más. Dudó pero exclamó: «¡Ten cuidado! ¡Mucho cuidado! Te veo yacer a los pies de tu esposo, y sus manos están ensangrentadas».

Eso no tranquilizó a Gerald en absoluto, pero se esforzó por reírse.

—Seguramente —dijo— esa mujer tiene una fijación con el asesinato.

—No te rías —dijo Mary—. No lo soporto.

Y, llevada por un impulso repentino, salió del salón.

Poco después volvió Joshua, tranquilo y risueño, y tan hambriento como un cazador. Su presencia animó a su esposa, que parecía mucho más contenta, pero esta no mencionó su visita al campamento gitano, así que Gerald tampoco dijo nada. Como si existiera un acuerdo tácito al respecto, no se hizo mención al tema en toda la tarde. Pero Mary tenía una expresión extraña, inamovible, que Gerald no pudo dejar de observar.

Por la mañana Joshua bajó a desayunar más tarde de lo habitual. Mary llevaba una hora levantada y haciendo cosas por la casa, pero a medida que transcurría el tiempo iba poniéndose más nerviosa y de vez en cuando lanzaba una mirada inquieta a su alrededor.

A Gerald le fue imposible no fijarse en que ninguno de ellos disfrutó del desayuno. No fue porque las chuletas estuvieran duras sino porque todos los cuchillos estaban desafilados. Tratándose de un invitado, él, claro está, no dio muestras de haberlo notado, pero vio cómo Joshua, en un gesto en apariencia inconsciente, pasaba la yema del pulgar por el filo de su cuchillo. Al darse cuenta, Mary empalideció y a punto estuvo de caer desmayada.

Tras el desayuno salieron al jardín. Mary estaba reuniendo un ramo de flores.

—Consígueme unas rosas de té, querido —dijo a su marido.

Joshua se dirigió a un macizo en el frente de la casa. Los tallos se doblaban pero eran demasiado

duros y no llegaban a romperse. Se llevó la mano al bolsillo, en busca de su navaja, pero en vano.

—Déjame tu navaja, Gerald.

Como este no tenía, Joshua fue al salón donde acostumbraban a almorzar y cogió un cuchillo. Salió al jardín probando el filo y quejándose.

—¿Qué diantres les ha pasado a todos los cuchillos? No hay ninguno afilado.

Mary entró apresuradamente en la casa.

Joshua se puso a cortar rosas con el cuchillo sin filo, igual que los cocineros cortan el cuello a los pollos o los escolares, bramante. Con un poco de esfuerzo concluyó la tarea. El macizo de rosas era muy abundante, así que decidió formar un gran ramo.

No fue capaz de encontrar ni un cuchillo afilado en el aparador donde guardaban los cubiertos, así que llamó a Mary y le dijo lo que pasaba. Ella se mostró tan inquieta y abatida que él adivinó la verdad, y, estupefacto y herido, le preguntó:

—¿Quieres decir que lo has hecho tú?

—Joshua —dijo ella sin poder contenerse—, estaba muy asustada.

Él se puso pálido y su rostro adoptó una expresión rígida.

—¡Mary! ¿Es esta la confianza que tienes en mí? Nunca lo habría creído.

—¡Joshua! ¡Joshua! Perdóname —suplicó ella, y rompió a llorar.

Joshua se detuvo a pensar un momento.

—Ya comprendo lo que sucede —dijo—. Es mejor que acabemos con esto antes de que nos volvamos locos.

Entró a zancadas al salón.

—¿Adónde vas?—preguntó Mary, gritando casi.

Gerald supo lo que pensaba su amigo: que ninguna superstición le obligaría a usar instrumentos romos el resto de su vida, así que no se sorprendió cuando lo vio salir por la ventana francesa empuñando un enorme cuchillo gorkha, que habitualmente estaba en la mesa de centro y que su hermano le había enviado desde el norte de la India. Era uno de los grandes cuchillos de caza que tantos estragos causaron en las distancias cortas entre los enemigos de los leales gorkhas durante el motín de Sepoy. Tenía un peso considerable, pero estaba tan bien equilibrado que parecía ligero, y cortaba como una cuchilla de afeitar. Con cuchillos como aquel los gorkhas cortaban ovejas en dos.

Cuando Mary lo vio salir con el arma soltó un alarido de pavor y sufrió un ataque de histerismo como el de la noche anterior.

Joshua corrió hacia ella, y, al ver que se desplomaba, soltó el cuchillo y trató de atraparla.

Pero llegó un segundo demasiado tarde, y ambos hombres gritaron horrorizados al verla caer sobre la hoja desnuda.

Cuando Gerald acudió en su auxilio vio que el filo, que yacía mirando hacia arriba entre la hierba, había causado un corte en la mano izquierda de Mary. Varias venas menores habían quedado cerceadas y la sangre manaba a borbotones de la herida. Mientras la vendaba, señaló a Joshua que el acero también había cortado la alianza de matrimonio.

Llevaron a Mary, desvanecida, a la casa. Cuando

un rato después volvió en sí, con el brazo en cabestrillo, estaba serena y feliz.

—La gitana estuvo increíblemente cerca de la verdad —dijo a su marido—; demasiado cerca como para que la predicción real se haga nunca realidad, querido.

Joshua se inclinó y depositó un beso en la mano herida.